

se extienden por el infinito y ya no sé si esto es lluvia o nieve,
si es el foehn o el monzón.

Y grito:

—¡Escribiré todo lo escribible!

Y una voz me responde, irónica, pero voz, a fin de cuentas:

—Vale, chaval. Todo, pero nada más, ¡eh?

EL NIÑO

Están ahí sentados en la terraza de un bar. Miran a la gente pasar. La gente pasa, como de costumbre, como quien no quiere la cosa, como hay que pasar, pasan. A la gente, a su vez, le gusta pasar.

Yo arrastro el paso, arrastro el paso detrás de ellos. Vocifero, me paro, escupo, lloro, luego me siento en el borde de la acera y le saco la lengua a los paseantes que pasan.

—Qué maleducado —dicen los que pasan.

—Sí, nos avergonzamos de ti —dicen mis padres.

Yo también me avergüenzo de ellos. No me han comprado el fusil, el fusil precioso aquel que yo quería. Me han dicho:

—No es un juguete bonito.

El caso es que yo a mi padre lo he visto en el servicio militar. Tenía un fusil, uno de verdad, de los de matar. Pero cuando veo esos preciosos fusiles para niños, fusiles de indios, para cazar, para jugar, me dicen que es un juguete feo, y me compran iuna peonza!

Estoy ahí, sentado en el borde de la acera. Me pongo en pie, vocifero, lloro, escupo, grito:

—Vosotros sí que sois maleducados, vosotros sí que me avergonzáis: ¡decís mentiras, fingís que sois buenos! ¡Cuando sea mayor os mataré!

—Pensaba que quería usted rezar.

—Ya lo he hecho.

—Ah, entonces es distinto. Ya podemos ponernos en marcha de nuevo. Mañana le llamo.

—¿Alguna noticia?

—¿Qué tal sus niños?

—Se lo agradezco. De momento solo tengo dos enfermos. Los mayores se meten en las tiendas para calentarse. ¿Y en su casa?

—Nada del otro mundo. Nuestro perro se ha vuelto limpio. Hemos comprado muebles a crédito. De vez en cuando nieva.

EL BUZÓN

Salgo a revisar el buzón dos veces al día. A las once de la mañana y a las cinco de la tarde. Normalmente el cartero pasa más temprano, entre las nueve y las once de la mañana, es muy puntual; y por la tarde hacia las cuatro.

Siempre voy a mirarlo lo más tarde posible, para asegurarme de que ya ha pasado, si no el buzón vacío me daría una falsa esperanza, me diría: «A lo mejor todavía no ha venido», y me vería obligado a bajar otra vez más tarde.

¿Alguna vez ha abierto usted un buzón vacío?

Seguramente. Le pasa a todo el mundo. Pero a usted se la repampinfla, a usted le da igual que esté vacío o que haya algo, una carta de su suegra, una invitación a una presentación, una carta de sus amigos de las vacaciones.

Yo no tengo suegra, no puedo tener, porque no estoy casado. Tampoco tengo padres, hermanos ni hermanas.

En todo caso, no tengo manera de saberlo.

Nací en un orfanato. No nací allí, claro, pero allí es donde tomé conciencia de estar en el mundo.

Al principio me pareció natural, creía que la vida era eso, un puñado de niños más o menos grandes, más o menos malvados, y unos cuantos adultos que estaban allí para defendernos